

AGNÓDICE

En las viejas crónicas de la Antigüedad se cuenta la vida de Agnódice, la primera mujer médico de la historia.

Agnódice nació en Atenas. Fue una niña curiosa, de fuerte carácter y con un insaciable interés por las cuestiones científicas.

-Déjalo ya, hija –suplicaba el padre ante las interminables preguntas de la pequeña.

Con el tiempo, Agnódice se convirtió en una joven rebelde e inteligente. Extraordinariamente sensible al sufrimiento de sus semejantes, la muchacha alimentó un sueño escandaloso para la sociedad de la época.

Un día, se decidió a compartir aquellos planes con su padre:

-Quiero estudiar Medicina, padre.

-¿Te has vuelto loca, hija? ¡Sabes que esos estudios están prohibidos a las mujeres!

-Muy bien. Pues me haré pasar por un hombre – replicó ella.

De nada sirven los esfuerzos de su progenitor por hacerla desistir. Para Agnódice, ser médico era una excelente manera de ayudar a los demás, sobre todo a las mujeres. Y es que, en la sociedad ateniense de su tiempo, no estaba muy bien visto que las mujeres acudieran al médico, y ellas mismas sentían vergüenza de ser examinadas por un hombre. Esa era la razón por la que muchas morían sin asistencia durante los partos y ponían en peligro la vida de sus hijos recién nacidos. Solo en situaciones graves los médicos eran avisados para atender a alguna mujer.

Decidida a cumplir su sueño, una noche, Agnódice se vistió como un varón y partió hacia Alejandría para estudiar Medicina.

Allí vivió años difíciles y apasionantes. Por un lado, tuvo que hacer esfuerzos para ocultar su identidad y poder relacionarse con sus compañeros varones. Por otro, obtuvo la satisfacción de instruirse en una materia que le entusiasmaba y para la que demostró estar muy capacitada.

Tras concluir sus estudios, Agnódice regresó a Atenas para ejercer como médico. Por supuesto, no podía desvelar su condición de mujer, así que se siguió vistiendo y comportando como un hombre.

Un día, mientras paseaba, la joven oyó unos lamentos que procedían del interior de una casa. Al cruzar el umbral de la vivienda, encontró a una muchacha sola, a punto de dar a luz.

-Tranquila. Puedo ayudarte –le dijo Agnódice dulcemente.

-No, por favor –suplicó la joven entre gemidos-. No quiero que me atienda ningún hombre.

Entonces, Agnódice le reveló su secreto. La joven parturienta, sorprendida, accedió a recibir ayuda y poco después dio a luz a una niña.

A partir de aquel suceso, el secreto del médico llegado de Alejandría se extendió entre las atenienses y su fama fue creciendo.





Pronto, las mujeres comenzaron a acudir a la consulta de Agnódice, manteniendo siempre un exquisito cuidado para no desvelar la condición femenina del galeno.

Pasado un tiempo, los compañeros de profesión de Agnódice sintieron recelo de aquel médico tan famoso. La envidia dio paso a la murmuración y Agnódice fue acusada de seducir a sus pacientes.

Ante el tribunal, después de escuchar la larga lista de falsedades que se le imputaban, la joven reveló su identidad:

-Esta es la prueba de que mentís –dijo mientras se retiraba la túnica-: soy una mujer.

Todos los presentes se asombraron. Y una voz indignada exclamó:

-¡Que la condenen! –clamó otra voz masculina.

Fue en ese instante cuando ocurrió algo aún más sorprendente: las mujeres que estaban entre el público se hicieron oír, oponiéndose al veredicto de los hombres:

-Ella nos ha salvado la vida a muchas de nosotras –protestó una mujer.

-Si Agnódice es condenada, todas moriremos con ella –amenazó otra-. ¡y Atenas se quedará sin mujeres!

Aquella pacífica revuelta femenina resultó eficaz. Agnódice fue declarada inocente y recibió el permiso necesario para ejercer su profesión. ¡Ya no tendría que ocultarse ni vestir como un hombre!

Y, lo que es más importante, aquel suceso provocó una modificación de las leyes que permitió que las mujeres griegas pudieran, desde entonces, estudiar Medicina.

